

Apuntes sobre el nihilismo

Luis Sanjuán Pernas

Esta obra está bajo una licencia Attribution-NonCommercial-
NoDerivs 3.0 Spain de Creative Commons.

I

Somos. Estamos como sobre el oscuro fondo de un inmenso nihilismo. Lo hay en cada signo, en cada gesto —ya sólo mercancía de la mercancía— que nos devuelve el trasiego cotidiano; en cada palabra muerta —cáscara de un fruto hueco—, e incesantemente repetida, e incesantemente mutilada de sentido; en cada acción que se acomete, como urgida por los mecanismos de un algoritmo infalible; en cada ausencia de acción —sobre todo—, en cada renuncia, en cada lucha no iniciada, en cada pretendida impassibilidad, en cada dolor esquivado. No queda nostalgia, no queda esperanza, no hay, en una palabra, amor. Ni tan siquiera amor de sí —¿amor de qué vida?—. Tan sólo un terror sordo, jovialmente inconfesado, terror seco, incoloro, sin angustia, el puro terror a la muerte, hoy transmutado en el blanco sin forma, sin bordes, sin textura de algún cuadro de Malevich.

II

Por eso, habría que decir más bien que no es el nihilismo ese pantano oscuro sobre el que hemos edificado, si es que por oscuridad entendemos, alegóricamente, lo que se oculta insidioso tras esta superficie. Que no haya superficie que proteja o encubra, que todo, en rigor, esté en un primer y único plano (o mejor, en un puro contraplano cuyo plano no existe) es, sin embargo, lo que acontece. Candor de la oscuridad. Obscenidad del nihilismo. Pues no habitamos el nihilismo, ni es él siquiera nuestro lecho, sino que estamos siendo más y más su sustancia, acaso como lo Abierto, en Rilke, integra los plenos ojos del animal.

III

Porque está absuelto de la guerra el animal. Y sus ojos vacíos miran sólo lo Abierto. Aunque hay guerra, y no lo Abierto, entre los hombres. Guerra y no poemas, guerra y no pensamientos, guerra en las praderas impolutas del pastor de la Nada, del rebaño de la Nada, del pasto regurgitado de la Nada.

IV

Más a quien ve lo Abierto la brutalidad de la guerra —y no ya su metáfora— se le convierte en padre de todas las cosas y el Tiempo de la guerra en semilla que mana de pujanza divina. Un santo decir sí predispone en su boca el nihilista, boca de niño homicida, cornúpeto sí que se dispara sin saña sobre todo sufrimiento. Pero el nihilismo, en su forma consumada —y ya vemos que el nihilismo es proteico y multiforme—, prefiere el animal al sátiro. El sátiro es todavía una forma intermedia, por supremamente infantil que ésta sea, es cinismo que no acierta del todo en la inocencia que pretende, que no alcanza el sumo candor de un ser auténticamente sin destino. Tan sólo en la animalidad reside el verdadero edén.

V

Y animal se puede ser sin perder ni un ápice de nuestra fisonomía. Basta con mirarlo todo desde lo Abierto, donde la guerra se esfuma en sílabas, donde la sangre vertida se evapora en silencio. Basta sentirse íntimamente constituido de una precisa combinación de ácidos, sometido a la fuerza incontestable del número. He ahí la ruleta, desde siempre, o desde cuando sea —¿a quién importa el cuando?—, la ruleta trucada, presta para el juego. Empieza la vida, la única real, la necesaria vida de la necesidad, en el salón bien tapizado del parque humano.

VI

Se dirá que se exagera, que al hombre no le cabe producir semejante transmutación de sí mismo. Pero se olvida que es él quien por principio dispone de esta extrema posibilidad. Quizá el suicidio empieza como un juego, como un sutil experimento de la mente. Pero, al cabo, se consume, se decide y se ejerce con absoluta impunidad. Pues es, en última instancia, esa inexpugnable impunidad la que se busca con toda la fuerza que aún le cabe al suicida nihilista en su deseo. No hay que llevarse a engaño, la trepanación que el nihilista practica sobre sí mismo no es fruto de la desesperación, sino tal vez de la cobardía; no es fruto de la tribulación, sino acaso, únicamente, de un cierto descenso repentinamente descubierto en el termómetro de la conciencia.

VII

Dicho más claramente, el nihilista lo es quizá —y en esto manifestaría también su paradójico carácter— por miedo al nihilismo. La indiferencia moral es un estado posible, contra el que hay que luchar por encima de todos, pero al hombre le cabe renunciar para siempre a la lucha, entregarse por completo, tal víctima que no ofrece resistencia a su veredicto, al imperio absoluto de la negación de valores. Rendición incondicional, el nihilismo; pacto diabólico de aquel que no quiso contemplar en el espejo de su conciencia sus heridas, sus derrotas, esas que, justamente, le devolvían un rostro humano; sopor de un Narciso que se quiere dios, demonio imposible —sobra decirlo—, exento *ad infinitum* de toda culpa, de toda posibilidad de redención; impunidad definitiva, anillo de Giges, beleño de no ser. Sin pasado y sin destino, vaga por sus estancias solitarias el nihilista, emperador del Vacío, sediento vampiro de la Nada.

VIII

Palacio o desierto, el nihilismo se extiende sobre el espacio sin fronteras de la pasividad. Pasividad conquistada con el esfuerzo primero de la cobardía. Porque un esfuerzo hubo en él en ese instante, borrado ya de la memoria ya borrada. Una deliberación, un ceder —y hay esfuerzo en el ceder— a la tentación de suprimir las tentaciones, las encrucijadas, la posibilidad —ésa la más humana— del error.

IX

Y sobre densas dunas levanta sus tiendas la innúmera caravana de los Narcisos. Allí pone sus ruletas y retortas, allí juega el juego de la pasividad. Todos miran los rostros, y son arena, deshecha arena sin lágrimas, arena que un viento sopla, viento de indiferencia; arena sobre la arena de dunas in-temporales, cementerio de ojos, caverna de miradas. Todos miran y ven, todos miran, gozosamente —aunque el gozo no exista—, ciegos en el inmenso espacio. Y ven su rostro deshaciéndose, como todos los rostros, deshaciéndose en viento, deshaciéndose en dunas. Vientos, dunas, miradas, ojos, cuencas, cavernas. Todos. Todos y solos, en el entero espacio de la Serenidad.

X

Pues es Serenidad el fruto sin aroma del desierto, Perpetua paz conquistada a la muerte. Comed muerte —dijeron— y fueron todos, los solos, convidados. Y los solos se afanan y entre todos se empujan —hay afán todavía en el nihilismo— por apurar hasta sus últimas cenizas.

XI

En estos sus tan queridos contrasentidos se escancia la sustancia del nihilismo. Porque es contrasentido y, no obstante, estricta consecuencia que el Narciso florezca en comunidad. Quizá no sea siquiera concebible un nihilista sin un clima propicio de nihilismo. Ese clima que la evaporación del hombre ha ido generando hasta convertirse en temperatura de la Tierra. Glacial sequía el «climático cambio». Gélidas dunas donde mora la Jauría. Pues pide el nihilismo comunidad de la Jauría, donde sólo el abrazo del desamor prospera: cada uno para sí y la Nada sobre todos. Para todos, los solos, los que un día sin tiempo vieron su nombre trenzado en madre selvas, y pisaron su nombre, destrozaron su nombre con ahínco, sigilosos, a escondidas incluso de su propia mirada. Jauría la que puebla el desierto y con él crece. Como crecen las palabras crucificadas en sus fauces anónimas.

XII

Pues de palabras hechas de antipalabras consta el discurso del nihilista. Porque ha de ser prolijo el nihilismo, aunque pareciese que al nihilista le sobran las palabras. Pero él también las requiere, las necesita por sobre todas las cosas. Es así como el juego se aumenta y se recrea: sembrando de anti-signos los lenguajes, volviendo del revés las flechas del sentido, poniendo en cada nombre su tachadura vírica. Y así es, sobre todo, como el juego se hurta sus cimientos, como logra borrar la huella de su origen, tal si no hubiera habido más que este puro juego. Seguir jugando para olvidar el tiempo de la renuncia, seguir jugando en ese metatiempo de las antipalabras, donde un alfil se multiplica en cada escaque y en cada escaque habita otro tablero, otro alfil, otra partida.

XIII

Regressus ad infinitum y *circulus in probando* son, de este modo, los pseudoaxiomas de su juego. Por eso fracasa sin remedio todo intento de refutarlo. Porque busca razón en la antiteoría de la sinrazón. Busca un resto ¿de qué verdad, de qué seriedad? en los presuntos hontanares de la teoría, ésa llamada escéptica, que a su mirada desemboca en nihilismo. Mas no hay teoría alguna, sino un único *ad hóminem* en que los *logoi* se desintegran. Hay que aprender a ver en lo imposible, penetrar en su estricta inconsecuencia, mirar en la ruleta acelerada del nihilista y ver a los sufijos desprenderse, y cómo quedan sólo el «pseudo-», el «anti-», el «sin-», el puro «i-» de un movimiento esquivo: alfil, prefijo diagonal que toda rectitud del pensamiento elude.

XIV

El error de la filosofía, su fracaso, desde el Estagirita hasta Husserl, es este *quid pro quo*. Haber creído de buena fe en la farsa nihilista, haber dado por hecho que quien se expresa con apariencia de sentido está dispuesto a la disputa sobre el sentido, dialogar con aquel que asesina los diálogos, enredarse en su juego sin sospechar sus reglas. Pues no es la sinrazón escéptica la razón del nihilista, sino sólo su máscara, antifaz de su no, de ese primer y dogmático sí, muy antes de toda palabra, de toda teoría, de todo escepticismo.

XV

Inocencia del sí: belleza que a la razón enflaquece. Y cuántas veces el nihilista no ha perseguido la hermosura de la palabra alada. La alondra, la alondra y el murciélago. La nuca dislocada de la alondra. La finalmente succionada, la finalmente vaciada de todo amor.

XVI

El nihilista es maestro consumado de taxidermia. Su obra cumbre: la poesía. «Los poetas mienten demasiado —dijo el poeta». Y con este bien afilado bisturí va abriendo, una a una, las palabras. Pues las quiere inocentes, como a él mismo, crucificadas en el alambre de la forma sin mancha, de la forma que miente sin mentira. Y una a una, con la paciencia epimenídea de los sin tiempo, construye el armazón de su exangüe inocencia.

XVII

(¿Pero acaso el poeta pueda —el nunca del todo embalsamado—, desde el pozo profundo donde el péndulo pende... Pueda y expire por nosotros, y exhale su bandada en este interminable mediodía?)

XVIII

El sí-no del nihilismo, su *petitio impunitatis*, se expresa, más adecuadamente que como escepticismo, en la forma del simple relativismo. Frente al escepticismo —antifaz sólo útil en filosóficos carnavales—, el relativismo opera en el campo entero de la fiesta nihilista. Evita disquisiciones al mejor precio y se adapta con sorprendente plasticidad a todo tipo de devaluaciones. No hay que olvidar tampoco su enorme valor terapéutico, al ser capaz de acelerar, sin traumáticas bulimias sobrevenidas, los casos, algo menos numerosos cada día, de nihilismo incipiente.

XIX

El relativismo es, desde hace ya mucho, el único valor de cambio en todas las transacciones. Es, en puridad, el saludo, el gesto inaugural de todos los protocolos. Cualquier desviación de su ley inflexible provoca repugnancia. Hiede para el nihilista todo lo que se opone a su relativismo. Y aquel que no se aviene a los buenos modales es simplemente eliminado, borrado de las cuentas, como error tipográfico en el balance del día.

XX

También así el nihilista desinfecta su historia, convirtiendo en «ideología» todo lo que no ha sido sino su propia exposición nefanda. Blasfemia del relativismo, la que transforma al criminal en fanático filósofo. Cuando sólo quien aprende nihilismo es capaz de suprimir los rostros y volcar su violencia homicida sobre los cuerpos deshumanizados.

XXI

Pues no hay filosofía —mientras lo siga siendo— que pueda ser fanática. Errada sí, mas nunca imperialista. Y cuando el pensamiento se desliza de pronto hacia lo inconcebible, abole lo socrático y principia otra cosa: puro juego nihilista bajo la máscara de la retórica.

XXII

Pero el relativismo —mendacidad en la aporía—, acuña en su moneda el busto salvador de sus divinidades, para esconder al tiempo, en la cruz imprevista, la mirada fática de la Gorgona. Abre para el futuro la caja de Pandora del verdadero fanatismo, que ahora, con razón inapelable, exige su porción de justa diferencia, la inconculcable validez de sus principios monstruosos, tan relativamente válidos —por razones histórico-biológico-multiculturales— como los de la diletante burguesía relativista.

XXIII

El nihilismo prospera, al cabo, en estas formas cambiantes. Devora humanidad, indiferente a épocas, razas, sexos, culturas. Él es el absolutamente globalizado, el absolutamente políglota. Y toda poesía y todo pensamiento permanecen segundos respecto de su carácter primerísimo. Quizá esa presunta anterioridad que arte y filosofía han reclamado para sí desde siempre, no sea sino el amenazante signo de otro comienzo, la anacrusa inicial del regio himno de la aniquilación, marcado —también él desde siempre— por la violenta exactitud de un metrónomo imparable.

XXIV

(¿Mas puede el hombre acaso, desde el pozo profundo donde el péndulo pende. . . Puede, y quiera, y aún resista, en ese solo acto sobrehumano —el más humano— de llegar a ser hombre. . . ?)

